



EMMA ROIG

¡Cuidado con sus huéspedes! Si no intentan robarle el mayordomo pueden acusarle de destruir su cabello por el cloro de la piscina o, en el peor de los casos, morir en su cuarto de visitas.

Invitados de Pesadilla

La princesa **Margarita de Inglaterra** era una de las invitadas más temidas por sus anfitriones. Entre sus demandas estaba mantener encendidas todas las luces del comedor. Aseguraba que si no podía

ver bien lo que comía, se le alborotaba el estómago. Debía de tener una fijación con la electricidad. En una de las casas solariegas a las que acudió de visita tuvieron que cambiar el voltaje de la corriente de su cuarto para que pudiera enchufar sus rulos. Mi amiga me cuenta la anécdota como prólogo a un suceso que la ha dejado tan traumatizada como para asegurar que Margarita era un hada madrina comparada con su última invitada. Una duquesa a la que consideraba amiga aprovechó su estancia para tratar de robarle el mayordomo. Esto la ha puesto al borde de perder su impoluta compostura británica. “Algunas visitas me han pedido ropa, otras han tenido la osadía de tratar de pegármela con mi marido. ¡Pero llevarse a mi adorable Arthur es simplemente imperdonable!”, me explica mientras pone una cara de sufrida víctima que merecería figurar en un cuadro de **El Greco**.

El inventor y presidente estadounidense **Benjamin Franklin** decía que los huéspedes son como el pescado: al tercer día huelen. Pero no hay peor bacalao que los invitados

de tus invitados. Otra amiga mía invitó a su casa del sur de Francia a un empresario socio de su marido que acudió con una fantástica modelo del brazo. “La chica se pasó la semana proclamando que solo comía platos vegetarianos con certificación orgánica. Vino a inspeccionar mi huerto como si fuera un coronel de la Gestapo y terminó dictándome el menú. Acabé de ella hasta el moño, y nunca mejor dicho: antes de marcharse me acusó de haberle vuelto el pelo verde con los productos de depuración de mi piscina. ¡Eso es de tanto tinte y tanta mecha! Mis hijos, que sí son rubios de nacimiento, están todo el día en el agua sin que se les ponga el pelo del color de Shrek”.

Lo más terrorífico le ocurrió a otra conocida. Después de invitar a un socio canadiense de la empresa familiar, y extrañada de que no bajara a desayunar a su hora, mandó a buscarlo... y se lo encontraron muerto en la cama. Mi pobre amiga, que casi no lo conocía, tuvo que organizar la repatriación del cadáver. Un sinfín de gestiones que se convirtieron en una pesadilla. Cuando a la hora del café se lo cuento a la amiga del mayordomo, la muy avispada pierde su gesto trágico, me mira con sorna y suelta: “Eso le pasa por invitar a alguien que no tiene dónde caerse muerto”. Igual tiene razón, pero entonces yo le aconsejaría a ella que no volviera a invitar a nadie con vacantes en el servicio doméstico. □